

por lo tanto, que la cibernética fuese el testimonio más depurado y práctico de la nueva dimensión intelectual. La libertad se ha defendido como ingrediente necesario de toda realidad política, e incluso se ha negado que la absoluta racionalización del mundo sea congruente con las posibilidades que el propio mundo ofrece.—E. T. G.

BARUK (H.): *Le problème psychologique et métaphysique de la personnalité*, en «Revue Internationale de Philosophie». Dixième année, 1956, fascicule 1-35, págs. 87-94.

El problema de la personalidad, tema al que va dedicado el fascículo, rebasa los límites de la Psicología para constituirse, sobre todo en nuestro siglo, en fundamento de la metafísica, ya que las concepciones relativas a este punto tienen por objeto no sólo el individuo, sino también el cosmos.

Durante el siglo pasado, principalmente a partir de Ribot, el estudio de la personalidad se orientó hacia la biología y la medicina, desde la recién creada Psicología experimental. Bergson representa la reacción espiritualista al considerar que la actividad cerebral, «activité de pantomime», debía utilizar en cuanto espíritu o personalidad los mecanismos automáticos a la manera de un artista o artesano que se sirve de máquinas más o menos perfeccionadas para realizar sus creaciones, fruto de su energía espiritual.

A partir de Bergson el estudio de la personalidad se sitúa en un plano dualista que procura equilibrar las dos tendencias de la moderna psico-física: la espiritualista y la materialista. Así, la temática morfológica de un Babinski cuando escribe, por ejemplo, acerca de «signes d'organicité», no elimina el problema metafísico profundo de la voluntad, sino que recrudece las cuestiones de relación alma-cuerpo planteadas con sentido moderno por Spinoza. Todas las verificaciones clínicas no consiguen explicar hechos que escapan a las hipótesis biomédicas a comprobar. La personalidad afecta al medio social y le da su ambiente. El sentimiento de descontento o de paz interior se proyecta sobre los otros de modo que nuestro juicio interior parece emanar de ellos, y nuestra insatisfacción interna se traspone bajo la forma de acusaciones exteriores que vienen a constituir la génesis de la descon-

fianza, susceptibilidad y agresividad de los mediocres, en la que se apoya todo fenómeno social de odio y angustia.

Ahora bien, es justamente este juicio interno el que constituye la fuerza espiritual esencial que confiere a la personalidad su dinamismo, su finalidad y su energía, o, por lo contrario, el que puede literalmente enajenarla y situarla en los peores extremos. Esta fuerza es la *conciencia moral*. Así, son los factores biológicos, sociales y morales los que constituyen la personalidad humana desde el punto de vista del individuo.

Por lo que se refiere a la personalidad en su relación con el cosmos, los mecanismos automáticos utilizados por la personalidad son los del universo, que se manifiestan en la rotación de los planetas, mostrándose así una Personalidad que no sólo lo ha creado, sino que le otorga su significación. Esta Personalidad es Dios. Dios, que aparece como Persona con los atributos psicológicos de una personalidad y particularmente con los atributos de la conciencia moral.

De este modo la conciencia moral del individuo representaría una emanación de la conciencia universal. Esta es la concepción del monoteísmo hebreo bíblico. Rechazar esta concepción y admitir con la cibernética mecanismos automáticos sin espíritu director, sin fin o finalidad, sin sentido, afectaría no sólo al individuo, sino a la personalidad divina reflejada en el universo. Tal concepción es la que en nuestra época nos conduce a la presencia fundamental de la nada en la metafísica existencial. De ella surge la valoración ontológica de las cosas frente al orden subjetivo, el objetivismo, que pone de relieve otra vez la doctrina de Berkeley sobre la existencia del orden objetivo sin el subjetivo. Pero la personalidad no debe ser considerada como simple objeto, sino como llama cuya luz está modificada en cada caso por la actitud del organismo en quien se encuentra, de modo que se impliquen mutuamente.—E. S.

EYSENCK (H. J.): *Science and the Study of Personality*, en «Revue Internationale de Philosophie». Dixième année, 1956, fascicule 1-35, págs. 72-86.

El término personalidad es extremadamente vago a causa de la relación muy similar que existe entre los conceptos de psicología y personalidad. La psicología, en cuanto ciencia que fun-

ción como puente que une las ciencias biológicas y las sociales, no es todavía bastante precisa. Para el psicólogo de tendencia biológica, dentro de la consideración psico-física de la disciplina, una visión defectuosa nocturna es una pura consecuencia o reflejo psicológico de factores tales como deficiencias en la absorción de la vitamina A, mal funcionamiento de la retina, etc. La inclinación por el psiquismo depurado de elementos estrictamente biológicos nos llevaría igualmente a encontrar nuevas imprecisiones unilaterales en la moderna psicología.

La posición a adoptar en el estudio de la personalidad dentro de la psicología, en cuanto la consideremos como ciencia del comportamiento, es para el autor rigurosamente inicial. Es decir, que es preciso contraponer a la corriente falta de método en el tratamiento de la disciplina, escindida en experimental y racional, toda una teoría y una metodología firmes. A esto tienden una serie de métodos puestos en práctica, sobre todo para desvelar los intrincados problemas que plantea el complejo fenómeno psicológico que llamamos personalidad. Entre ellos cita el autor el del análisis que aísla ciertos rasgos y los define operativamente y que es indudablemente el que con mayor éxito ha sido aplicado.—E. S.

MEAD (Margaret): *The Cross Cultural Approach to the Study of Personality*, en «Revue Internationale de Philosophie». Dixième année, 1956, fascicule 1-35, págs. 48-71.

Es un hecho la atención que se viene dedicando en los últimos años al estudio de la personalidad. La llamada antropología cultural es una de las últimas ciencias que se definen y depuran en busca de su autonomía plena. Ahora bien, se trata de una compleja disciplina por envolver una serie de cuestiones parcialmente comprendidas en otras ciencias ya constituídas. Estas disciplinas son, por de pronto, todas las que de alguna manera se ocupan del hombre: ciencias psicológicas o antropológicas, entre las que se encuentran la psicología infantil y de la época de desarrollo o adolescencia, la psiquiatría dinámica..., pero además la teoría de la enseñanza, la

psicología clínica, los estudios sobre constitución y temperamento, la psicología de la forma, y más recientemente la etología, la cibernética, la electroencefalografía... La primera contribución de esta antropología cultural, basada en el estudio de la personalidad, es ayudar a todos los demás investigadores que de alguna manera tratan acerca de ella, esclareciéndoles los aspectos de conjunto que hemos citado. El niño desde no sólo su infancia, sino aun desde el período prenatal, comienza a asimilar el patrón o modelo cultural de vida que se le propone y ejemplifica a cada acto. En el estudio de la personalidad, sin embargo, el antropólogo tiene que utilizar una serie de métodos hábiles y propios de la disciplina que no puede emplear el científico o el artista. Uno de los más intrincados problemas que se discuten en torno al tema de la psicología infantil es el de su inserción en el todo social y lo que significa esta palabra «todo» en la cultura como totalidad. Margaret Mead reserva el término cultura para designar el comportamiento general de un grupo sin acepción parcial alguna relativa a edad, clases, etc. Y así, puede hablarse de áreas culturales, como Latino-América. Por personalidad, en cambio, entiende la autora el modelo total de un comportamiento individual, que puede ser referido al temperamento constitucional al que corresponde, a la cultura o culturas en las cuales un determinado individuo se haya desarrollado de modo que vengan a formar parte de su carácter cultural.

Por constitución-temperamento entiende aquellas cualidades de alma y cuerpo cuya forma está determinada desde el nacimiento por el desarrollo de los genes, por el período prenatal y, finalmente, por el maternal o intrauterino. Esta vida genética, prenatal e intrauterina tiene gran importancia en la formación de la personalidad y, por ende, de las culturas, por lo que la madre requiere especiales cuidados. Por constitución entiende el conjunto de aquellas propiedades del individuo físicamente considerado, en las que lo fundamental viene dado por los genes.

Los psiquiatras han contribuido notablemente a la investigación de estas interrelaciones. Hay también varios problemas menores a considerar, como el de si individuos con una constitución reconocible permitirán predecir su com-